

# San Josemaría y la convivencia cívica

Artículo de Andrés Botella Giménez en el Ideal de Jaén, con motivo del próximo Simposio de San Josemaría, en Jaén.

16/11/2016

**Ideal de Jaén San Josemaría y la convivencia cívica (PDF)**

\*\*\*\*\*

Es un acontecimiento de gran trascendencia, por su repercusión y

alcance (no sólo a nivel local y ni siquiera meramente nacional), la celebración en nuestra ciudad de Jaén, durante los días 18 y 19 de este mes, del VIII Simposio San Josemaría, sobre un tema tan actual como ‘Diálogo y Convivencia’.

Pero, a la vez, resulta sinceramente difícil resumir cuanto este santo -tan de nuestro tiempo- vivió y enseñó, en el estrecho marco de lo que suelen ser las exigencias de cualquier artículo de opinión en la prensa diaria. Pido disculpas anticipadas, ya que sólo me referiré, por ello, a aquellas de sus enseñanzas que, con especial incidencia en el ámbito de la ciudadanía, mejor me han parecido. Y advierto que, al hacerlo, busco la fidelidad; no, la propia originalidad, que estaría fuera de lugar, porque San Josemaría no fue un ideólogo, sino un hombre de Dios, que transmite un mensaje divino a todos, en cuanto son o están llamados a ser

hijos de Dios, santificándose y santificando a los demás a través de la santificación del trabajo y de las circunstancias ordinarias de la vida.

Enseña San Josemaría que «cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso, os he repetido,... que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria... Son muchos los aspectos del ambiente secular, en el que os movéis, que se iluminan a partir de estas verdades. Pensad, por ejemplo, en vuestra actuación como ciudadanos en la vida civil. Un hombre sabedor de que el mundo -y no sólo el templo- es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese

mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando -con plena libertad- sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida». «Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas. Esto sería... hacer violencia a la naturaleza de las cosas. Tenéis que difundir por todas partes una verdadera mentalidad laical, que ha de llevar a tres conclusiones: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente

cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen -en materias opinables- soluciones diversas a las que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas».

«La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable... Interpretad, pues, mis palabras como lo que son: una llamada a que ejerzáis -¡a diario!, no sólo en situaciones de emergencia- vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos -en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional-, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os

corresponde. Y esta cristiana mentalidad laical os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo –lo diré de un modo positivo–, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social...

Esta doctrina de libertad ciudadana, de convivencia y de comprensión, forma parte muy principal del mensaje que el Opus Dei difunde. ¿Tendré que volver a afirmar que los hombres y las mujeres que quieren servir a Jesucristo en la Obra de Dios, son sencillamente ciudadanos iguales a los demás, que se esfuerzan por vivir con seria responsabilidad - hasta las últimas conclusiones- su vocación cristiana?» ('Amar al mundo apasionadamente', 116 y ss.)

Ello explica, como –acertadamente– se recoge en el propio tríptico de

presentación del Simposio, que «el cristiano ha de mostrarse siempre dispuesto a convivir con todos, a dar a todos –con su trato– la posibilidad de acercarse a Cristo Jesús. Ha de sacrificarse gustosamente por todos, sin distinciones, sin dividir las almas en compartimentos estancos, sin ponerles etiquetas como si fueran mercancías o insectos disecados».

Efectivamente, «no puede el cristiano separarse de los demás, porque su vida sería miserable y egoísta: debe hacerse todo para todos, para salvarlos a todos» ('Es Cristo que pasa', 124). No me parece necesario añadir nada. En un próximo artículo, hago ánimo de referirme a algunas consecuencias prácticas, singularmente aplicables en el inmenso campo de los comportamientos cívicos.

Andrés Botella Giménez

# Ideal de Jaén

---

pdf | Documento generado  
automáticamente desde [https://  
opusdei.org/es-es/article/san-josemaria-  
y-la-convivencia-civica/](https://opusdei.org/es-es/article/san-josemaria-y-la-convivencia-civica/) (12/01/2026)